

á los marineros, agobiándoles bajo el peso de sus caricias y de sus lamentaciones, y acrecentando en su espíritu la vacilación y la duda que les estremecían. Para aquellas sencillas gentes, era el mar el término natural de la tierra: no había más allá, y bien manifiesta estaba la voluntad divina de mantener oculto á los humanos lo que pudiera existir fuera del mundo conocido, cuando como barrera infranqueable la mano de Dios había tendido en torno de la tierra aquella inmensa sábana de agua, que la envolvía, y debía tener su origen en los mismos cielos.

Cual si marchasen al suplicio, despedíanse de sus maridos con las más tiernas muestras de desconsuelo las acongojadas esposas que ya se juzgaban viudas, no acertando á desprenderse sin embargo de los brazos que les tendían aquellos rudos marineros, por cuyas tostadas mejillas se deslizaban en silencio las lágrimas ardientes que se agolpaban á sus ojos; y mientras á cada paso se reproducía con iguales caracteres la escena,—lleno de fe y de entusiasmo, acallando quizás en lo más íntimo de su alma la sombra de una duda tenaz que á intervalos le oprimía, Martín Alonso Pinzón recorría los grupos, animando á los unos, consolando á los otros y derramando con generoso espíritu esperanzas por todas partes, al mismo tiempo que, puesta la fe en Dios, y no seguro de sí propio, inclinado sobre el filarete de su carabela, sombrío y grave, Colón presenciaba aquel espectáculo conmovedor, sobrecogido á veces por íntimas alegrías que entenebrecían en breve las inquietudes de lo desconocido!

Después, cuando en demanda de la barra, y embarcada la tripulación, despleaban sus blancas velas al aire las tres embarcaciones,—grito atronador y unánime hendía el espacio; y el dolor se deshacía en llantos sin medida, que parecían no tener término entre la muchedumbre que veía partir en su juicio para siempre á aquellos seres tan queridos, á quienes esperaba la muerte como única recompensa en el revuelto seno de los mares. Poníanse en movimiento las lanchas; y siguiendo la estela de las tres carabelas, acompañábanlas cuanto les era posi-

ble los más intrépidos, á fin de darles la última despedida, como si por tal medio la separación hubiera de ser más breve! Qué desanimación, qué desconsuelo, quedaban como recuerdo á poco á los habitantes de Palos! ¿Quién podía esperar que regresara nunca ninguno de aquellos que habían partido? ¿Quién olvidaría la fecha memorable del 3 de Agosto de 1492, cuando debía ser la última de sus alegrías? Y sin embargo de aquellos presagios tan tristes y tan fatídicos, de aquel duelo sin medida, de aquella desesperación sin límites, qué espectáculo, lector, tan distinto el que ofreció el mismo puerto al mediar del mes de Marzo del siguiente año de 1493, cuando arribaba á Palos Colón, después de haber realizado en parte su grandioso proyecto!

Lágrimas, gritos, exclamaciones, continuadas y sin interrupción, herían los aires; pero eran ya lágrimas de regocijo, gritos de febril alegría, exclamaciones de incomparable sorpresa, que como ferviente himno de gracias, levantaban al cielo aquellos mismos que antes volvían á él la mirada pidiéndole protección en su desamparo! Lágrimas que se trocaban en placenteras risas, y que desgarrando el sombrío velo que parecía extendido sobre Palos por la marcha de las tres carabelas, le daban animación inusitada! No era ya el mar, lo habían visto, el límite de la tierra: más allá de aquellas aguas procelosas, había otras regiones, fértiles, prodigiosas y sin semejante, que encerraban inagotables tesoros; y á la duda, á la vacilación, al temor que antes llenaban los corazones, sucedió en cambio el deseo; por eso, mientras es desconocido el nombre de la mayor parte de los tripulantes que acompañan á Colón en su primer viaje (1), no suce-

(1) Según anunciaron los periódicos y entre ellos *La Correspondencia de España* del 6 de Marzo, el señor Cura propio de Palos de Moguér había «logrado encontrar algunos documentos importantes, relacionados con el descubrimiento de América». «En ellos,—dicen,—existe uno que contiene la firma autógrafa de fray Juan Pérez de Marchena, y otros varios que contienen las de algunos expedicionarios que acompañaron á Colón en su primer viaje». De desear sería quedase confirmada plenamente la última parte en especial de la noticia, ya que respecto de la primera, está demostrado que no existió sino por confusión lastimosa el pretendido Fr. Juan Pérez de Marchena.



de ya lo mismo con el de aquellos que le siguieron después, y entre los cuales figuraban como vecinos de Palos, *Alonso Medel*, maestre de la carabela *Niña*, y cual marineros en ella, *Juan del Barco* y *Gómez Calafar*; *Juan Domínguez*, marinero de la carabela de *San Juan*: *Cristóbal Pérez Niño*, maestre de la carabela *Cardera*, *Francisco Carral* y *Gorjou*, marineros en ella, y *Cristóbal Lorenzo* y *Francisco Niño*, grumetes en la misma (1).

Quizás algunos de estos, y principalmente los de *la Niña*, que mandaba *Vicente Yáñez Pinzón*, figurarían en la expedición primera, no cabiendo por consiguiente á los habitantes de la humilde Palos poca gloria en aquel providencial suceso, como no la cupo tampoco á Moguér, de donde eran vecinos *Francisco Niño*, á quien debía la carabela de *Santa Clara* el nombre con que es conocida, y que era Piloto en ella, *Morón*, *Francisco de Lepe* y *Diego Beltrán*, marineros y *Rodrigo Molinero* y *Alonso Niño*, grumetes, todos ellos de la dotación de dicha carabela; en la de *San Juan* estaban como marineros y de igual procedencia, *Diego del Monte* y *Francisco Calvo*, y *Cristóbal Vives* como grumete; en la *Cardera*, *Juan de Pérez* marinero y *Francisco de Medina* y *Diego Leal*, ambos grumetes.

Hoy ya el puerto en realidad no existe; y aunque se ha «estudiado con más ó menos aplicación y acierto algunos proyectos relativos á la reparación y mejora de los caminos (léase vericuetos) que conducen al puerto de Palos; recomposición y arreglo del embarcadero, erección de una columna ó pirámide del mayor tamaño posible, emplazada en el sitio en que se embarcó Colón; obras de embellecimiento de los alrededores de dicha villa» (2), y otros varios proyectos,—nada se había hecho todavía cuando visitamos aquel insigne paraje. La baja mar dejando al descubierto las marismas, «y el movimiento de las aguas,

(1) Información y testimonio de cómo el Almirante fué á reconocer la Isla de Cuba, quedando persuadido de que era tierra firme. Archivo de Indias, legajo 5.º del Patronato Real.

(2) P. COLL, *Colón y La Rábida*, págs. 82 y 83.

arrastrando fango á la orilla en labor de muchos años», han hecho imposible de franquear el antiguo y afamado puerto, que ofrece espectáculo por ello bien desconsolador y vergonzoso, de lo cual ha podido convencerse recientemente el gobierno, al visitar uno de sus miembros tales lugares, pues entonces, «un bote llevado á remolque y empujado después por cuatro marineros con el agua á media pierna, surcó la fangosa playa, y uno á uno los expedicionarios fueron llevados al camino de Palos de Moguér ó á lomos de los hercúleos auxiliares de la expedición ó transportados en una silla». «Así salió del río Tinto el respetable señor ministro de Fomento, que con gran tenacidad, se propuso visitar la iglesia y el pueblo». «Así quedó muy convencido el consejero de la corona de la necesidad de un embarcadero ó muelle en Palos de Moguér, más urgente ahora que se trata de conmemorar el cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo, á presencia de muchos extranjeros de Europa y América» (1).

Quiera Dios que, con efecto, se cumplan los deseos del periodista de quien son las anteriores palabras, y que son también los nuestros, para honra de España y de la insigne y olvidada villa, una dozava parte de la cual, por alianzas matrimoniales, pertenecía á los duques de Medinasidonia todavía en el pasado siglo.

(1) D. BLAS AGUILAR en carta escrita desde Sevilla el 14 de Febrero del presente año, y publicada en *La Correspondencia de España* correspondiente al 17.